

Zenon Cardenal Grocholewski

## **LA INMACULADA – UN MENSAJE PARA NUESTRO TIEMPO**

*Homilia pronunciada en la Catedral de Santa María de Valencia, con ocasión de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, 8 de diciembre de 2009*

*Sr. Arzobispo de Valencia y Excelencias Reverendísimas,  
Queridos sacerdotes y seminaristas,  
Honorables autoridades civiles, Queridos hermanos y hermanas.*

En primer lugar, quiero expresar mi vivo agradecimiento al Señor Arzobispo de Valencia, Mons. Carlos Osoro, por la invitación a presidir la celebración eucarística en esta maravillosa Catedral Metropolitana de Santa María. Les aseguro que me siento verdaderamente feliz de poder hacerlo en esta entrañable Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, gran fiesta de toda la Iglesia, y de manera muy particular para la ciudad de Valencia.

### **En la perspectiva del Adviento**

Esta Solemnidad de la Inmaculada Concepción se sitúa en el interior del marco litúrgico del tiempo de Adviento. Este hecho tiene un profundo significado.

El Adviento es tiempo de espera. Toda nuestra vida está marcada por diversos tipos de espera, de deseos de poder alcanzar tantas cosas, de expectativas. El niño espera acabar la escuela, el estudiante universitario desea concluir los estudios, para después encontrar un trabajo; espera tener casa propia y prosperar en su oficio, etcétera. Todo este dinamismo de espera y de aspiraciones personales dan fuerza y coraje para el compromiso y la superación en la vida cotidiana.

El Adviento es el recuerdo de aquella larga espera y preparación que tuvo que vivir el pueblo hebreo hasta el cumplimiento de la promesa de la venida del Mesías. Al mismo tiempo, es un recuerdo, también, de otra espera, más breve, pero extremadamente intensa: aquella de María Santísima hasta el día del nacimiento de Jesús.

Para nosotros, el Adviento es el tiempo de preparación para la Navidad. Nos disponemos para la venida del Señor en estas fiestas navideñas.

Pero, el Adviento, más allá de ser preparación para la Navidad, tiene un significado mucho más profundo: nos ha de hacer conscientes de que nuestra vida es una continua espera del Señor que viene a nosotros cada día de diversas maneras: con su gracia, con su inspiración, a veces, con un remordimiento de conciencia o en la persona misma del necesitado. Todo ello nos indica la importancia de tener el corazón siempre abierto y disponible a Él.

Me gustaría subrayar aún otro aspecto. El tiempo de Adviento nos ha de ayudar a recordar, especialmente, que toda nuestra vida es una espera de la venida gloriosa del Señor, aún más, de nuestro encuentro con Él en el cielo. Esta realidad nos debe fortalecer y servir de aliciente para realizar obras de caridad, para empeñarnos seriamente en la vida cristiana, con el fin de alcanzar la meta más importante de nuestra existencia: la felicidad eterna, es decir, la contemplación de Dios cara a cara. Sin duda, esta espera debe ser gozosa y activa al mismo tiempo.

En esta perspectiva, ¿qué nos dice la solemnidad de la Inmaculada Concepción?

## Mensaje para nuestro tiempo

La Solemnidad de hoy – que presenta a María como del todo excepcional, Inmaculada, sin mancha de pecado, llena de gracia – podría, a simple vista, parecer algo alejada de las preocupaciones de nuestro tiempo, de los problemas de cada uno de nosotros, que percibimos día a día el peso de nuestra propia debilidad y del pecado; que nos sentimos, por causa de la tentación y, a menudo, de la caída, más cerca de Adán y Eva, de los que ha hablado la primera lectura del libro del Génesis (Gén 3, 9-15.20), que de la Santísima Virgen Inmaculada. Sí, es cierto, la Solemnidad de hoy podría parecernos lejos de nuestra realidad.

Sin embargo, una mirada más profunda, nos dice que es más bien al contrario. Se trata de una celebración elocuente y estimulante, que contiene un recio mensaje para nuestro tiempo, para todos nosotros, para el período de nuestro Adviento, de nuestra espera del Señor. En efecto, como nos recuerda San Pablo en la segunda lectura (Efesios 1, 3-6.11-12), Dios nos ha escogido, también a nosotros, “para ser santos e irreprochables en su presencia”.

a. Vivimos un tiempo fuertemente influido por la primacía de lo material, del comúnmente llamado materialismo práctico. Los hombres de hoy, y no sólo en los países ricos, buscan con persistencia comodidad, propiedades, intereses. Viven sumidos en una desenfrenada carrera por aumentar la riqueza material y el lujo de la vida. Los periódicos, la radio, la televisión, el cine, internet, todo el mundo de la publicidad, con infinitud de reclamos, crean sin descanso nuevos estímulos y exigencias de tipo material. Van generando, constantemente, nuevas expectativas para el tener, el poseer y el divertirse. En este contexto, el hombre de hoy concentra gran parte de sus esfuerzos y capacidades en la apasionada búsqueda de las cosas materiales y en satisfacer sus placeres, expuesto a la intemperie de sus vicios y debilidades. Sin duda, este es uno de los aspectos que podemos constatar en la realidad actual.

Por otro lado, se debe decir que los hombres de hoy no pueden no darse cuenta de la precariedad de estas cosas materiales. Basta un tumor o cualquier otra enfermedad grave para devolvernos a la realidad de nuestra fragilidad humana. Basta una crisis económica para hacernos entrar en una condición de necesidad, de hambre, de miseria. Basta una catástrofe natural, un terremoto, una inundación, o – Dios no lo quiera – una eventual guerra, y se puede perder todo (como nos lo demuestran continuamente los acontecimientos que se suceden en tantas zonas de nuestro planeta). Además, aquellos que poseen mucho, viven a menudo con el miedo constante de perderlo todo; en ocasiones, experimentan un auténtico tormento. En esta misma línea, también los placeres sensuales se demuestran fugaces e ilusorios.

Esta es la realidad. De una parte, la apasionada búsqueda de las cosas materiales, como si ellas nos pudieran asegurar la felicidad. Por otra, la constatación de la precariedad de tales bienes y de su incapacidad para asegurarnos, de manera estable, el futuro y la felicidad.

b. La fiesta que celebramos hoy de la Inmaculada, que exalta la inocencia de toda la vida de la Virgen María, constituye un mensaje de exquisito valor para los hombres de hoy. Un mensaje que nos exhorta:

- a fundar nuestra vida sobre otras bases que no son sólo aquellas materiales;
- a dar precedencia a otros valores que no son fugaces e ilusorios;
- a desvincularnos de la férrea tiranía de lo material y del placer, para elevarnos hacia ideales superiores;

– a creer en la posibilidad de una vida santa, irreprochable, puesta al servicio de Dios y del prójimo con decisión y valentía.  
Este es un mensaje muy actual.

c. En este sentido, María se convierte en un “signo”. Signo de la lucha que afrontan tantos creyentes en la sociedad actual, para liberarse de la esclavitud de la moda, de los intereses creados, de las comodidades, del materialismo, del poder, de los vicios. Signo de la lucha que soportan muchos cristianos por gastar su vida con toda pureza, sin soluciones de compromiso, enteramente al servicio de Dios y de los valores más altos.

María – siendo un mensaje, un signo – es para nosotros, en cierto modo, como el *arca de la alianza* para el pueblo de Israel, durante su largo peregrinar hacia la tierra prometida. El arca era para los israelitas, de hecho, un signo y una prenda de la potente presencia de Dios en su camino de liberación y de conquista: liberación de la esclavitud de Egipto, y conquista de la tierra prometida. También para nosotros, María es un signo y una prenda de la potente presencia de Dios a nuestro lado en el camino de liberación y de conquista: liberación, en este caso, de la esclavitud del reino del materialismo moderno, y de conquista de los valores eternos.

## **Conclusión**

Queridos hermanos y hermanas, la fiesta de hoy es una invitación a romper las cadenas de las vanas ilusiones ligadas a los valores materiales, a no dejarnos engañar por ellos; es una invitación a la búsqueda audaz – durante el tiempo de adviento de nuestra propia vida, a la espera del Señor – de valores auténticos, que no se pierden, sino que conducen al gozoso encuentro con Cristo.

En esta perspectiva debemos situar también la cuestión de la generosidad de nuestro esfuerzo para vivir como cristianos auténticos, de la seriedad de nuestra respuesta a la palabra del Señor.

La escena del Evangelio que hemos escuchado (Lc 1, 26-38) presenta a María en el momento de responder con máxima generosidad a la palabra de Dios, poniéndose completamente a su disposición: “He aquí la sierva del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”. En lo sucesivo, la Virgen María permaneció siempre fiel a esta respuesta, incluso en los momentos en los que dicha fidelidad le costó dolor y sufrimiento. De esta manera, Ella ha desarrollado un papel de gran importancia en la obra de la salvación del mundo, y por eso se convirtió en Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, Reina del Cielo.

Que esta escena del Evangelio de hoy sea para cada uno de nosotros un verdadero estímulo a responder, en toda ocasión, con gran generosidad a la voluntad del Señor, para que el adviento de nuestra vida, a la espera del Señor, llegue a su fin como el de María, con un triunfo.

¡María Inmaculada y Madre nuestra, ruega por nosotros!

Cardenal Zenón Grocholewski

## **LA EUCARISTÍA COMO “FUENTE Y CUMBRE” DE TODA LA VIDA DEL SEMINARIO**

(Homilía pronunciada en el Seminario Mayor de Valencia, 9 de diciembre de 2009)

En estos días he tenido la oportunidad de encontrarme con vosotros en diversas ocasiones. Estoy muy contento de que en esta ocasión nuestro encuentro venga unido a la celebración comunitaria de la Eucaristía que, sin duda, es el momento central y el más significativo en el camino de preparación para el sacerdocio.

En efecto, cuando el Código de Derecho Canónico habla del Seminario, dice que el centro de toda su vida tiene que ser la Eucaristía (Can. 246 § 1). Tratando, después, de la parroquia, establece que el centro de la asamblea parroquial de los fieles sea la Eucaristía (Can. 528 § 2).

### **“Fuente y cumbre de toda la vida cristiana”**

a. Quisiera también observar que la Iglesia asocia prácticamente todo a la Eucaristía: todas las celebraciones, solemnidades, aniversarios, congresos, fiestas, y no solamente las del Señor, sino también las de la Virgen y de los Santos. Incluso los demás sacramentos se administran justamente durante la celebración de la Eucaristía: la confirmación, el matrimonio, el sacerdocio, y cada vez más a menudo, también el bautismo y la unción de los enfermos.

Para ningún otro sacramento, sino solamente para la Eucaristía, la Iglesia organiza periódicamente Congresos nacionales e internacionales, ha establecido una solemnidad especial (la del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo), organiza procesiones, momentos de adoración, etcétera.

Más aún, la Iglesia quiere que la Eucaristía sea el centro de nuestra vida.

b. ¿Por qué la Eucaristía goza de este lugar privilegiado? ¿Por qué ella se implica en todo? ¿Por qué es tan importante también para vuestro camino de preparación al sacerdocio?

El motivo es muy simple. “La Eucaristía – como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica citando los textos del Concilio – es fuente y cima (*fons et culmen*) de toda la vida cristiana. Todos los sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan” (n. 1324).

Sí, la Eucaristía es fuente y al mismo tiempo cima, cumbre (*“fons et culmen”*), de todo el culto, de toda la vida cristiana, de todo el apostolado.

### **Dos aspectos de la Eucaristía**

Para comprender mejor que la Eucaristía es fuente y cumbre de toda la vida cristiana y de todo el apostolado, debemos tomar en consideración, sobre todo, dos aspectos de la misma.

a. En la Eucaristía está realmente presente Cristo. La Eucaristía, en efecto, no es memoria en el sentido de simple recuerdo de un acontecimiento del pasado, sino que, cuando celebramos la Eucaristía, son borrados dos mil años que nos separan de la pasión y

de la muerte de Jesús en la cruz. Este Misterio de la pasión y muerte en la cruz, se hace realmente presente y eficazmente operante en medio de nosotros. Cristo se hace realmente presente con toda la potencia de su amor redentor. Celebrando la Eucaristía nosotros nos ponemos, en cierto modo, bajo la cruz de Jesús – realmente presente y operante – para sacar de esa cruz los frutos de la redención: luz, fuerza, perdón, gracia, salvación.

De este modo la Eucaristía se convierte en alimento, realmente se transforma en pan de nuestra vida espiritual. De manera similar a como el alimento material actúa en nuestra vida física, la Eucaristía renueva y transforma nuestra vida espiritual. Jesús ha dicho expresamente: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6,55)

Por eso, celebramos la Eucaristía sobre el altar en forma de mesa a la que venimos para alimentarnos.

Es importante que nos acerquemos a esta mesa con una disposición correcta, es decir, verdaderamente hambrientos de la luz, de la fuerza de Dios, del perdón, etcétera. Santa Catalina de Siena decía que la Eucaristía es como un fuego. Podemos venir a prender de este fuego con una cerilla, o bien, podemos acercarnos a él con una antorcha en la mano. La medida del fuego que prenderá en nosotros dependerá de aquello con lo que venimos en su busca.

b. Pero éste – es decir, la Eucaristía como alimento – es solamente un aspecto de la Eucaristía. Hay también otro, muy importante, del cual a menudo nos olvidamos y, ciertamente, hablamos demasiado poco. Por este motivo, yo lo querría subrayar fuertemente. Así como, de una parte, la Eucaristía es alimento para nuestra vida cristiana de cada día, por otra parte, toda nuestra vida cristiana tiene que ser una preparación para participar plenamente en la Eucaristía, tiene que estar orientada a la Eucaristía. ¿De qué forma?

Jesús, que murió por nosotros en la cruz – y se hace presente en su muerte redentora durante la celebración de la Eucaristía –, nos invita a participar en su cruz. Nos exhorta a que cada uno de nosotros tome la propia cruz. Lo ha dicho claramente: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9, 23); “Quien no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,27); o mejor, como refiere San Mateo: “Quien no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí” (Mt 10, 38). ¿Podemos nosotros dejar de sentir estas palabras de Jesús cuando celebramos la Eucaristía, cuando Él está presente entre nosotros con su cruz redentora?

Evidentemente, no se trata aquí de hacer mortificaciones o penitencias irracionales, sino más bien de que estemos dispuestos a cualquier sacrificio, a cualquiera fatiga, a cualquier esfuerzo para realizar la voluntad de Dios, para vencer el pecado y para vivir como personas redimidas por el amor de Cristo.

Cuando no tienes ganas de rezar, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando te es difícil perdonar, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando te atormenta una tentación, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando tu deber te parece demasiado difícil, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando hace falta tomar una postura clara como cristiano en una situación incómoda, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando hace falta renunciar a algo, a causa de la propia fe, entonces es el momento de tomar la cruz; cuando se trata de un compromiso de apostolado, entonces es el momento de tomar la cruz. Cada día tenemos numerosas ocasiones de tomar voluntariamente la cruz por amor de Cristo.

Y cuando tomamos voluntariamente nuestra cruz, para unirla con la de Cristo en la Eucaristía, entonces se cumple una gran cosa: completamos en nuestra carne – por usar las mismas palabras de San Pablo (Col 1, 24) – lo que falta a los padecimientos de Cristo por

nuestra salvación (en efecto, sólo la cruz de Cristo nos salva, pero para que la cruz de Cristo pueda salvarnos, se requiere la contribución de nuestra cruz). Entonces, al vino de la cruz de Jesús añadimos una gota del agua de nuestra cruz (como simbólicamente hace el sacerdote durante la Santa Misa). Entonces, al inmenso amor de Cristo crucificado, unimos nuestro amor.

c. Justamente, esta es la participación plena en la Eucaristía. Cuando, de una parte, alcanzamos de la cruz de Cristo, presente entre nosotros, la gracia, el perdón y el nutrimento de nuestra vida cristiana; y de la otra, ofrecemos nuestra cruz, expresión de nuestro amor, para unirla con la de Cristo.

Y entonces, sí que la Eucaristía se convierte en centro de nuestra vida cristiana, se hace fuente y cumbre (de una parte fuente, de la otra cumbre) de todo nuestro culto, de toda la vida cristiana, y de todo nuestro apostolado. Entonces, sí que la celebración de la Eucaristía no podrá quedar sin frutos.

### **María y la Eucaristía**

Dado que ayer celebramos la fiesta de la Patrona de vuestro Seminario, María Inmaculada, quisiera anotar, en el contexto de lo que he dicho, que María se presenta como aquella que ha participado en la cruz de Jesús en el mejor modo, y por lo tanto, Ella es un símbolo, es el ejemplo de nuestra participación en la Eucaristía.

Por una parte, Ella ha sido enriquecida de modo completamente particular con los frutos de la cruz redentora de Jesús. En previsión, efectivamente, de la pasión y de la muerte salvadora de Jesús en la cruz, fue concebida sin pecado original, inmaculada, desde el principio estuvo « llena de gracia » y así permaneció toda la vida.

Por otro lado, María participó intensamente en los sufrimientos de Jesús, y no solamente cuando, llena de dolor, estuvo al pie de la cruz. La Virgen participó en los sufrimientos de Jesús en manera tan profunda que ha llegado a ser denominada por algunos con el título de Corredentora.

Por consiguiente, no hay celebración de la Santa Misa en la que no sea mencionada María.

### **Conclusión**

En esta celebración eucarística deseo – y ruego al Señor para que así sea – que la Eucaristía sea cada vez más « fuente y cumbre » de la vida de todos y cada uno de vosotros y de vuestro Seminario.